

“CERROJOS SIN LLAVE, ACERO Y AMOR”

— ¡Buenas noches! —intervino la señora Brasbord desde aquel sillón de bordes dorados—. ¿Cómo se encuentra después de su obligado sueño?

Junto a ella, una mesita de cristal con forma de cisne mantenía, como por arte de magia, una lamparita de metal que desprendía una luz insuficiente para aquella habitación. La sombra de la anciana reflejaba un resplandor escalofriante sobre la pared. Aquello me hizo estremecer mientras me incorporaba del sofá rojo de cuero sintético en el que desperté.

— Señorita Turner —continuó con voz afable— sabrá que un sofá rojo indica el deseo de todo anfitrión de que quien visita su casa, se sienta bienvenido.

— No recuerdo haber sido invitada —respondí, mientras mis ojos luchaban por adaptarse a la escasa luz presente.

— Aun así, espero que cuente con la energía necesaria para la encrucijada que se le presenta esta noche —dijo con voz sentenciosa.

Nos encontrábamos en su mansión situada a las afueras de los Ángeles. Los dos rosetones de la habitación eran excesivamente altos, tanto que habría necesitado una escalera para alcanzarlos. Tenían la forma y colorido de los famosos rosetones de la catedral de Notre Dame. Pensé que, durante el día, cumplirían fielmente con la misión de iluminar el interior de los aposentos de aquella mansión. Por contra, esta noche su grandeza quedó reducida a producir un ambiente enigmático. Observé sus cristales golpeados con violencia por gotas deladoras del temporal que raramente azotaba la ciudad.

— Traté de mostrarme impasible ante este frío enloquecedor, pero el vestido corto que cubría mi piel y los zapatos grises a juego, no eran la mejor opción ante aquella noche tan gélida.

Entre la señora Brasbord y yo, se encontraba una mesita de madera de roble oscuro sobre la que distinguí dos sobres de papel rectangulares. Uno de color azul pálido, otro rojo intenso.

—¿Qué hago aquí? —pregunté intuyendo su respuesta.

— Sé que no nos han presentado señorita Turner. —Se inclinó hacia delante y cogió una copa de vino blanco de encima de la mesita. A su lado, se hallaba una botella valorada en varios miles de dólares. Dio un sorbo casi inapreciable y continuó hablando — pero, también sé que usted me conoce de sobra. A mí, y a mi esposo. Sobre todo, a él. De modo, que sobran las presentaciones. Imagino que le gustarán los retos. Al menos, deseo que este sea de su agrado.

Con majestuosidad, la señora Brasbord se levantó de su asiento. Su cuerpo transmitía sentimiento y sus gestos parecían actuar en consecuencia. Su estrecha cara de modelo entrada en años, resplandecía con malicioso júbilo.

Advertí que desprendía un perfume exótico que embriagaba el ambiente. Su pelo canoso parecía sedoso hasta las raíces. Lucía un vestido rojo entallado y unos zapatos negros de tacón alto. De su prolongado cuello, colgaba un collar de diamantes de diversos tamaños que parecía emitir su propio brillo. En su muñeca, un brazalete de piedras preciosas absorbía toda la iluminación posible para, acto seguido, reflejarla sobre quien lo contemplaba. Una percha plateada sostenía su abrigo de pieles de un color negro como la noche más oscura.

Era treinta y cinco años mayor que su esposo, pero, no se conservaba nada mal. Su marido y yo nos conocimos unos meses atrás en el café cercano a la peluquería de la que soy gerente. Recuerdo que, como siempre, disponía del tiempo justo para almorzar uno de los magníficos trozos de tarta de chocolate con arándanos que me vuelven loca. Aquel día, se ofreció a cederme el último trozo de tarta que él había pedido un instante antes de mi llegada. Al principio me pareció un hombre elegante, aunque normal. Con el paso de las semanas coincidimos en varias ocasiones en la misma cafetería. Así fue como, un día lluvioso como hoy comenzamos a charlar. Compartimos una plácida sobremesa y, poco a poco comenzó a instalarse en mi cabeza. No sabría decir en qué momento exacto empezamos a sentir algo el uno por el otro. Dylan Smith (ese es su nombre) me confesó que no atravesaba un buen momento con su esposa y que se planteaba abandonarla de una vez por todas.

Me advirtió de las grandes influencias y sumas de dinero de las que ella disponía. Al parecer, antiguos amantes de su mujer, de esos que llaman <<peces gordos>> le aconsejaron sobre cómo invertir en bolsa la fortuna

ahorrada gracias al trabajo como acompañante de lujo. Así que, de la nada, había levantado un imperio de hoteles y casinos de juego.

La señora Brasbord le dio otro imperceptible sorbo a su copa de vino y prosiguió: — ¿Ve esos sobres que hay sobre la mesita? Le ruego que abra primero el de color azul —sugirió, entornando aquellos ojos azul celeste.

Me incorporé del sofá lentamente; agarré el sobre con tanto cuidado como la ocasión lo requería. Al abrirlo, comprobé que contenía un cheque al portador por valor de 100.000 dólares.

— Usted cree que todo el mundo tiene un precio, ¿verdad?

— Sí —respondió sin dudar un instante—. Además, sé de lo que es capaz la raza humana. Ya sea por dinero, por un ascenso en el trabajo o por sexo somos capaces de casi todo, pero... ¿sabe usted señorita Turner, por qué motivo somos capaces de llegar incluso a matar de formas inimaginables?

— Deléiteme —respondí encogida de hombros.

— Pues por celos, señorita Turner —inquirió—. Los celos devuelven a las personas a sus orígenes más primitivos. Logran que una mujer cuerda como usted, cumpla acciones similares a las realizadas por animales salvajes.

Realizó un coqueto movimiento con la cabeza, analizando fijamente mi reacción. Parecía ser de esas personas para las que todo lo que se dijese, y la forma en la que se dijera, importaba.

— ¡Puede quedarse con su sucio dinero! —repliqué con tono ofendido.

— Antes de rechazar mi oferta, abra el otro sobre —masculló señalando con el dedo índice de la mano con la que sujetaba la copa de vino.

Hizo un ademán con la barbilla y su rostro simuló un gesto de intriga. Sin darme tiempo a comprobar el contenido del sobre rojo repuso: — Estoy segura de que no le molestará si le pregunto por su pasado. ¿Parece que hasta hoy ha sido usted una mujer con muy mala suerte? —aseguró.

— Cuenta con una casa linda y con la juventud de la que yo carezco, pero, dudo que una vivienda tan antigua encandile a mi esposo.

— ¡Le encantan las casas antiguas! Está impaciente por vivir allí conmigo.

— ¿Creía que ya vivía allí? Al menos dos o tres veces por semana —afirmó con voz pausada.

— ¿Es de eso de lo que quiere usted que hablemos señora Brasbord?

— Rellenó su copa de vino y agitó la botella comprobando que se había terminado—. Si quisiese contarle que mi marido no mantiene una conversación interesante conmigo, ni me hace el amor con pasión desde hace meses lo haría y, por supuesto, no tendría que pedirle permiso a su amante pasajera, a una triste huérfana que no ha parado de deambular de una casa de acogida a otra desde los siete años. ¿Qué fue lo que acabó con sus padres, un accidente de tráfico verdad?

Cada palabra que pronunció me resultó enervante. Tomó aire y prosiguió con su hiriente interrogatorio: — Calculo que no ganará más de 30.000 dólares al año en esa peluquería en la que se engaña compartiendo sueños pretenciosos con gente carente de galantería como usted.

— Parece que ha dedicado demasiado tiempo a conocer mi pasado y mis hábitos, pero, ¿sabe qué le digo?, tengo claro que nadie es más que nadie y usted, solo me da pena —respondí intentando contener las lágrimas.

— ¡Usted sí que es penosa señorita! Usted, tan falta de amor y de recursos, no conoce al ingrato de mi marido tan bien como yo. Apostaría a que en seis meses será usted quien se muestre grosera con Dylan. Yo, por el contrario, habré olvidado lo ocioso, derrochador, tramposo y superficial que es ese hombre —sentenció con un cruel temperamento.

Dylan me advirtió de la perspicaz inteligencia de la señora Brasbord. Insistió en que, de conocerla, no debía facilitarle información alguna que pudiese utilizar en mi contra. Sabía de buena tinta que aquella mujer tramaba algo atroz y no deseaba ponérselo fácil. De modo que, decidí cuestionar aquellas palabras tan repulsivas hacia el hombre que, muy a mi pesar, continuaba casado con aquella señora de corazón tan duro.

— ¿Podrá usted mantenerlo si lo aparta de mí?

— ¡Eso no es de su incumbencia! —exclamé alzando la voz.

— La hice traer porque quería conocer a la chica que ha conseguido hipnotizar a mi esposo. El hecho de traerla forzada es un castigo que imagino estará dispuesta a soportar tras seducir a un hombre casado, ¿no es así?

No se me ocurrió nada que contestar así que me limité a dejar pasar unos interminables segundos en silencio. Aquello pareció impacientarle.

— ¡Abra sin más demora el sobre rojo, señorita Turner!

Así lo hice. Tras ver el contenido, mis manos comenzaron a temblar. Mi mente fue asaltada por innumerables pensamientos perturbadores. Intenté convencerme de que aquellas fotos no eran reales.

— ¿Ha visto a mi marido dormido en esas fotos? —chilló montando en cólera—. Permanecerá con vida si usted cumple con su parte del trato. Acepte la prueba que le expondré a continuación, supérela y todo acabará bien.

Respiré profundamente antes de asimilar lo que estaba ocurriendo. Traté de encontrar una señal que indicase que las imágenes del sobre eran falsas, pero, ¿qué sabía yo de fotografía? Debía dar por hecho que eran reales.

— Decida si participará antes de que pida a mi sicario que se deshaga de ustedes dos a balazos —masculló esbozando una sonrisa malévola.

— Y si accedo y cumplo con mi parte, ¿qué pasará exactamente?

— Ambos saldrán de esta casa con vida. Serán 100.000 dólares más ricos para empezar desde cero con libertad donde les plazca. Le doy mi palabra.

Dio un último trago a la copa de vino antes de posicionarla en la mesita. Sacó una llave de metal de uno de los bolsillos de su abrigo y jugueteó con ella girándola entre los dedos de sus manos.

— Ese bastardo, mi esposo, se encuentra en una de las habitaciones de la planta superior. Cumpla su cometido y no se preocupe por nada más —afirmó.

Por supuesto, accedí. Aún con la duda de si aquella mujer tan dolida por la traición sufrida cumpliría su palabra, asentí con la cabeza.

— Dígame qué debo hacer.

— ¡Chica lista! —exclamó advirtiéndome lo que sucedería si intentaba escapar—. Si trata de engañarme en algún instante lo sabré y el reto habrá terminado. Sea buena chica y nos ahorraremos que el señor Weill (así se llamaba el secuaz de la anciana) utilice su pistola.

Acto seguido, se aproximó a la puerta y dio dos golpes con la llave. Un señor vestido con traje negro y corbata, abrió la puerta furtivamente acercándose a mí. Las facciones achatadas y bruscas de su cara anunciaban que tal vez no tuviese muchos amigos. Me agarró del brazo tan fuerte que sentí el miedo tan cercano como los labios aprecian una palabra a punto de ser expresada.

— Espero no tener que destrozar ese cutis tan bonito de un balazo. ¡Sería una pena, un auténtico desperdicio! —añadió el hombre.

Salimos de la habitación. Andamos unos pasos hasta bajar una escalera de caracol con moqueta roja. Sus barandillas lucían incrustadas piedras preciosas de todos los colores y tamaños (diamantes, zafiros, rubíes y qué se yo). El esplendor de la escalera, contrastaba con el de las pinturas del salón inferior.

— Cuidado con el último escalón, señorita Turner. No queremos que sufra ningún accidente —aseguró la mujer entre risas.

Lo primero que distinguí fue el ardiente fuego de la chimenea. La pared de ladrillos sobre la que ésta se encontraba, simulaba fusionarse con las colañas de madera que revestían el amplio techo. A su lado, un antiguo reloj de madera maciza de tono negro y apliques dorados destacaba con fuerza colgado en la pared. En el lado opuesto, divisé una refinada estantería formada por tres baldas simétricas color ocre, repleta de renombrados ejemplares de algunos de los escritores más famosos de la historia de la literatura universal (Dickens, Tolkien, Asimov, Dostoyevski, Verne y un casi interminable etcétera).

La anciana, al percatarse de mi admiración por aquellos textos, se detuvo.

— Adoro las obras realizadas con el alma. La pasión brindada por los autores en el momento cálido y sosegado de su escritura, refleja el ímpetu de su creación, la magnificencia de la humanidad, el respeto y el amor por las personas con las que se comparte la magia de su lectura —permanecí sorprendida ante la profundidad de aquellas palabras— ¿Señorita Turner,

sabía usted, que el afamado Cervantes murió tan solo un día antes que Shakespeare? Resulta fascinante que, entre los 4500 millones de años de existencia de nuestro planeta, dos personas tan aclamadas dejen de respirar con solo unas horas de diferencia. ¿Ve usted la similitud con su situación actual, Señorita Turner? Espero que no muera junto a Dylan esta noche.

Aquella pregunta tornó mi atención en inquietud obligándome a reflexionar. No lograba imaginar una vida sin Dylan, pero morir a su lado tampoco resultaba alentador. Ante mi silencio prolongado, la anciana continuó con la instrucción.

— Aceptaré su silencio como una respuesta certera de que comparte mis ideales, ya que, a fin de cuentas, nos hemos enamorado del mismo hombre.

— ¡No piense que somos iguales! —recriminé con decisión.

— Lo signifique o no para usted, es el motivo que nos ha traído hasta este preciso acontecimiento.

Tras la última palabra, la señora Brasbord reanudó la marcha. El hombre murmuró unos cuantos improprios mientras volvió a la tarea de indicarme el camino. Contemplé entonces, un sofá oscuro cercano a una mesa de madera en el centro de la estancia rodeando una gran alfombra de oso blanco con aquella dentada boca abierta en el suelo. En aquel instante, la mujer aprovechó para ponerse el abrigo negro con una especial finura.

De fondo, el inmenso ventanal que daba paso al jardín permanecía cerrado. La señora Brasbord se acercó a la puerta, extendió la mano y asió el pomo suavemente entre sus dedos. Al abrirla, los ladridos lejanos de un perro formaron alianza con el furor del viento abriéndose paso a través de los árboles que rodeaban aquel oasis. Al aproximarnos, distinguí unos muros altos rodeando la mansión que impedían divisar casas vecinas. Atisbé el jardín lleno de criaturas hermosas de mármol humedeciéndose bajo aquella lluvia copiosa.

La señora Brasbord abrió un paraguas negro y caminó unos pasos delante nuestro. Jamás olvidaré la sensación producida por las gotitas de agua que salpicaron mis piernas tras rebotar en las piedras del pequeño sendero que permitía el acceso a la piscina con forma de labios, (al menos eso me pareció).

Cerca de la piscina, había un toldo techado de madera cuadrado con unas cortinitas blanquecinas agitadas por el viento. En su interior, una sillita donde la señora Brasbord se dejó caer con cierta elegancia tras cerrar su paraguas.

— Acompáñala hasta el borde. Que se familiarice con la prueba —urgió con voz algo más ronca—. Pero descálcese antes para no estropear el césped.

— ¡Descalza esos lindos pies bonita! —Arremetió el matón con tono lascivo.

Me descalcé sintiendo el repentino sopor del frío de la hierba mojada apoderándose de mis pies y, acto seguido, de mi cuerpo entero. Avancé junto al hombre bajo la atenta mirada de la anciana. Al llegar al borde, distinguí multitud de bloques de hielo flotando junto a una figura de hierro hundida en el fondo de la piscina. Mi corazón se aceleró como nunca antes lo había hecho.

— Encontrará un hierro amarrado a una cadena cerca de sus pies, cuidado y no la pise —repuso la señora Brasbord—. Es un mecanismo avanzado que permite alzar y sumergir a placer una jaula al pulsar un botón. Y, espero que no le importe que me haya tomado la molestia de congelar un poco el agua.

Cogió un mando a distancia de su abrigo. Pulsó uno de sus botones señalando hacia la piscina. El ladrido del perro, el sonido del viento y el chapoteo de la lluvia cedieron parte del protagonismo al ruido liviano de la cadena que rescataba la jaula. Comprobé la mirada de satisfacción de la anciana resaltada como la de un cazador atrapando a su presa.

— Señorita Turner, le presento a la jaula de acero Fixtox 5000. Tiene unas dimensiones de dos metros cuadrados —hizo una pequeña pausa, tragó saliva y continuó—. Cuando se lo pida, introdúzcase en ella. Cerraremos los tres candados que bloquean la puerta y le sumergiremos bajo el agua.

— Tranquila bonita, las lanzaré sin malicia —inquirió amenazante el hombre.

La anciana prosiguió hablando con rostro concentrado: — Desde el borde, le lanzaré siete llaves. Tres llaves correctas le ayudarán en su encrucijada hacia la libertad. Las cuatro restantes, le acercarán a la muerte. Sabiendo que usted no superará los dos minutos y medio o tres de respiración, intentaremos no lanzarle las llaves demasiado separadas las unas de las otras en el tiempo.

Se puso de pie y se cubrió el cuello con el abrigo.

— Yo le estaré observando desde la sala del piso inferior —indicó con voz austera—. Una de las paredes de la piscina es de cristal reforzado. Es como un cine ¡Me encanta disfrutar de una buena película de suspense! —sonrió mientras se alejaba bajo aquel paraguas que parecía simbolizar el poder que la señora ejercía sobre todos los que allí nos encontrábamos presentes.

El hombre me puso unas gafas anchas de buceo. Me adentré en la jaula con el corazón latiéndome en las sienes. Cerró los candados y guiñó un ojo.

— ¡Malditos seáis, tú y tus guiños! —Pensé con la sensación de que el corazón se escapaba de mi pecho.

El agua helada por el frío extremo trató de diluir la entereza en la que intentaba protegerme. En el borde de la piscina, los ojos curiosos de aquel desagradable ser se acumulaban viendo como se hundía el acero entre la espuma. A medida que descendía, luché por imponer el recuerdo de Dylan sobre las sensaciones tan gélidas que me paralizaban.

Comprobé que no existía ninguna salida posible sin abrir aquellos perversos candados. La jaula era tan resistente como parecía, o quizá más. Solo cabía confiar en que aquella mujer no escondiese un réprobo as en la manga.

Tomé la última bocanada de aire antes de la inmersión. Traté de pausar las pulsaciones de mi cuerpo ralentizando mi respiración tanto como pude, pero el sonido de las burbujas producidas por el oxígeno al escapar de mi cuerpo, estremecía cada segundo de aquella situación. Decidí mantener mi cuerpo inmovilizado, ahorrando cada ápice de energía. Pensé que aquello ayudaría a decantar mi destino. Mi destino y el de mi amado.

Una vez abajo, debido a la oscuridad casi total, apenas distinguí los dedos de mis manos. Los inquietantes sonidos producidos por la jaula al golpear con la pared paralizaron mis sentidos. Pasaron cinco segundos y no vi ninguna llave. Otros cinco segundos y nada. Ante la duda de si había llegado mi final, recordé mis últimas semanas con Dylan, sus besos, sus caricias y, pensé en la efímera posibilidad de que volviera a estrecharme entre sus brazos. Entonces,

una llave se deslizó lentamente sobre mi cabeza. La agarré e intenté abrir el candado superior de los tres que sellaban la puerta formando una fila vertical.

— ¡Joder! —pensé al comprobar que la llave no abría ninguno de ellos.

Me deshice de la llave entre sollozos que me empañaron las gafas cuando un leve destello me percató de la segunda llave. La atrapé con mis manos entumecidas, pero, tampoco hubo suerte. De repente, una luz cegadora que provenía del ventanal de la sala del piso inferior me obligó a cerrar los ojos por completo. Comprobé como la señora Brasbord contemplaba todos mis esfuerzos. Se encontraba casi a mi altura, pero mucho más tranquila que yo. Parecía dar la orden de lanzar las llaves por medio de un teléfono móvil.

Su rostro desencajado por la ira no me ayudó a relajarme. Movié la boca y señaló con un dedo hacia arriba. La tercera llave calló desde la superficie. Deseché la anterior mientras atrapaba la tercera. Continué con el ritual de intentos de apertura de aquel frío ataúd sumergido en el que me encontraba.

— ¿Aún le queda oxígeno? —creí entrever que preguntaba la anciana.

Tres llaves y todas inservibles. Seguí contando los segundos de forma mental, atendiendo a cada movimiento de la mujer de la que dependía mi vida. Me sentía como el animal enjaulado que esperaba impaciente su comida.

Calculaba un minuto y medio desde la inmersión forzada. De pronto, una cuarta llave comenzó a sumergirse sobre mi cabeza. La atrapé alzando mi mano derecha y, para mi sorpresa, ésta abrió el primero de los candados.

— Dos minutos, dos candados por abrir —me dije.

Desde la ventana donde se encontraba la señora Brasbord, la luz que facilitaba mi tarea comenzó a parpadear. Se encendía y apagaba. Fijé la vista en la superficie esperando ver caer otra llave. No podía depender de la luz que, por momentos, me propiciaba aquella habitación. Cada segundo a oscuras, parecía una de las paladas necesarias para cavar mi tumba. Una tumba acuática y excesivamente gélida.

— Dos minutos y medio —aseguró mi mente algo aturdida por los infamantes nervios que se apoderaban de ella.

De repente, la luz se encendió y cayeron dos llaves en la jaula. Las comprobé, una de ellas abrió el candado inferior de la fila.

— ¡Solo falta uno! —pensé mientras notaba que el oxígeno escaseaba.

Me pareció distinguir a la señora Brasbord esbozando una gran sonrisa. Aquello me inquietó aún más. Entonces, acto seguido, todo se hizo oscuridad.

De nuevo volvió la luz. La señora Brasbord simuló el gesto del <<César>> colocando su dedo hacia arriba. Con aquel gesto, los emperadores romanos ordenaban la muerte o perdón del gladiador derrotado en el circo, pero yo aún no me había rendido. Me negaba a darle aquella satisfacción. Con sus ojos incrustados en los míos, vaciló moviendo el pulgar de su mano arriba y abajo, decidiendo si brindarme o no la oportunidad de seguir luchando por mi vida.

— ¿Tres minutos y se resiste a morir? —gesticuló la anciana.

Empecé a darlo todo por perdido. Aquella condenada mujer parecía divertirse a mi costa. Su pulgar se detuvo apuntando hacia arriba y, vi caer la séptima llave. Intenté atajarla con mis manos, pero la notable falta de oxígeno en mi cerebro hizo que resultara tan difícil como pescar un pez sin caña, ni cebo. De pronto, abrí la boca y logré que la llave se introdujera en ella. Después de lo que me pareció una eternidad, abrí el último de los candados.

Recuerdo advertir como mis vías respiratorias se inundaban por completo de agua. Aquello me hizo sentirme privada de mi vida. Solo pensé en abandonar aquella maldita jaula. Solo quería respirar, seguir viviendo.

Mentiría si dijese que recuerdo cómo abrí la puerta de la jaula y llegué hasta la superficie. Solo sé que tardé varios minutos en recuperar las fuerzas.

Aquel hombre, agachándose a mi lado para ayudarme a ponerme en pie murmuró: — ¡Vaya con nuestra cara bonita! Parece que no eres una simple atrapa ricachones.

Mientras tanto, la señora Brasbord subió desde la sala inferior aplaudiendo sarcásticamente el resultado final.

— ¡Ha sido toda una proeza! —Canturreó sin cesar en sus aplausos—. Tenga la amabilidad de seguirme al salón, aún queda un fleco por cortar.

No conseguía mantenerme estable. Aquel <<gorila>> era lo único que impedía que me diera de bruces contra el suelo. Llegados al salón, me dejó caer al suelo junto a la alfombra de oso. Aterricé como una toalla empapada.

— ¡Meta la mano en la boca del animal, señorita Turner! ¡Hurgue sin miedo y díganos qué encuentra dentro! —replicó la anciana enfadada.

Aturdida, de rodillas en el suelo, estiré el brazo hacia ese cruel y enigmático orificio. El vetusto reloj empezó a tocar en el preciso momento en que introduje la mano en las fauces de aquel animal. Removí repetidas veces mis entumecidos dedos hasta reconocer un tacto reciente en las yemas de mis dedos. Acto seguido, saqué lo que resultó ser un sobre de color verde.

— ¡Ábralo de una vez! —Gritó con más énfasis y enfado que antes.

Abrí el sobre con mis manos tan gélidas como incapacitadas. Al hacerlo, desfallecida, con la respiración contenida, contemplé aquellas nauseabundas imágenes. Mis ojos se encharcaron de lágrimas calando mis pálidas mejillas. Miré a la señora Brasbord quien me devolvió la mirada con un espléndido brillo en los ojos. Aquello me enfureció.

12

— ¡No es posible! ¡Maldita zorra despiadada, no puede ser verdad! —Jadeé con voz quebrada por aquel llanto incontrolado.

— ¡Por supuesto que es verdad, señorita Turner! Si usted ha sobrevivido a su muerte en esa jaula de acero, es porque debía contemplar las fotos de mi difunto marido, antes de morir usted. No dudé en rajarle el cuello con mis propias manos tras realizar las anteriores fotos. Puede ver el resultado final que debería acontecer a todo esposo infiel. Así que no se lamente, yo había ganado la apuesta antes de iniciarla. ¡Señor Weill, acabe con ella de una vez! —Sentenció con unos grandes ojos repletos de maldad.

El hombre de negro sacó la pistola que ocultaba bajo su abrigo. Se agachó hasta apoyar su frío cañón en mi sien derecha y, describiendo una mueca lateral con sus labios inquirió: —Reza lo que sepas, cara bonita.

Mordí su mano con tanta fuerza que le desgarré el dedo índice. El criminal pataleó y blasfemó como un cerdo acorralado en un día de matanza. La pistola quedó liberada golpeando mis rodillas en su trayecto hacia el suelo. Mis papilas

gustativas se impregnaron del asqueroso sabor producido por la sangre de aquel asesino. Sentí correr la sangre de ese bastardo por mi barbilla. Miré la alfombra y, por un instante, el contraste rojizo de la sangre con el blanco casi impoluto del animal me produjo un escalofrío aterrador. Enseguida, aquellos indescriptibles gritos de dolor disiparon mi abstracción, devolviéndome a la realidad. Cogí la pistola y sin dudarlo, descargué dos balas en la cabeza de aquel inútil mientras la anciana trataba de escapar subiendo las escaleras.

— ¡Quieta, maldita rata! —grité mientras le apuntaba con la pistola.

Maldijo deteniéndose en el tercer escalón. Giró su rostro hacia mí apoyando sus manos en la barandilla. Fijé mi atención en sus ojos cautivados por la sorpresa.

— Mi marido se lo merecía, pero a usted puede aguardarle un futuro prometedor con todo el dinero del sobre azul —titubeó levemente.

Mientras me aproximaba a ella, negocié con mi razón perdonarle la vida si mostraba el más mínimo arrepentimiento. Al contemplar su figura autoritaria lo tuve claro. Me abalancé sobre ella y golpeé su frente con el cañón de la pistola. Cayó sobre los escalones. Agarré con mi mano izquierda sus muñecas de hielo. La incorporé del suelo. Sintiendo similar proporción de ira y de temor por aquella mujer, la empujé hasta las escaleras de la piscina.

— ¡Disculpe que esta vez la prive de su encantador paraguas!

No respondió. Solo se lamentó entre sollozos de dolor con los ojos llorosos. El tono demencial de mi voz la dejó petrificada (y por un momento, también a mí). Su cabeza ensangrentada y regada por la lluvia salpicaba el suelo a una velocidad vertiginosa.

— Me sorprende que no negocie por su vida señora —susurré a su oído.

Hubo un breve silencio y al cabo la señora Brasbord, dijo: — La vida esconde más de lo que se puede observar a simple vista. No olvide contemplar el paso de las horas del reloj.

Aquellas palabras me hicieron reducir la intensa fuerza con la que atenazaba a la anciana. Ella arqueó una ceja queriendo transmitirme algo, pero, desistí por el agotamiento acumulado y proseguí con mi represalia.

— ¡Métase en la jaula! —Inquirí mientras colocaba de nuevo los candados.

Le puse las gafas de buceo, pulsé el botón del mando y descendí la jaula hasta que la señora Brasbord solo asomaba la cabeza por encima de aquel líquido glacial. Corrí hasta la sala inferior acompañada por el castaño incesante de mis dientes. Prendí la luz, driblé el sillón con un salto torpe y me acerqué al ventanal. Pulsé de nuevo el botón de descenso. La jaula se descolgó hasta mi altura. Aquella luz entremezclada con la sangre y las arcadas de la anciana, convirtió el agua en un líquido turbio que invitaba a alejarse. Contemplé sus ojos enjaulados a través del cristal. Aun así, adopté la postura de César y, como él hiciera en innumerables ocasiones dejándose aconsejar por los alaridos del respetable público, alcé mi mano, cerré el puño e indiqué con el pulgar hacia abajo. Allí dentro, de nada sirvieron sus piedras preciosas, sus pieles reales, ni su perfume exótico. En aquel instante, me invadió la certeza de que ya no quedaba nada de mí, nada de mi antigua yo.

14

Anduve hacia el sofá de la sala superior. Caí rendida. La lluvia comenzó a descender su basta intensidad. La presencia del cuerpo inerte de aquel hombre sin escrúpulos esparcido por el suelo no logró mermar mi descanso. Olí la brisa que perpetraba el salón a través de la puerta abierta. Sin saber cómo, logré cerrar los ojos. Poco después, con el umbral de la mañana, el sonido vigoroso del reloj de pared antiguo rompió su silencio despertándome sobresaltada. Separé mis párpados repentinamente y apunté con la pistola hacia el reloj.

— ¡Maldito reloj! —me dije mientras me incorporaba del sofá.

Tras el sobresalto, apoyé el arma sobre la mesa de madera y me apresuré a la chimenea. De forma repentina, acudieron a mi mente las últimas palabras pronunciadas por la anciana. Mi interés recobró su sentido vehemente y, sin saber por qué, me aproximé al reloj para analizar sus aperturas. Una vez cerca lo advertí. Las agujas funcionaban de manera inversa y, tras ellas, un sobre negro casi imperceptible bajo la escasa luz de la noche se exhibía con la acrecentada luminiscencia producida por el atropello del alba. Mis manos

volvieron a anunciarse temblorosas mientras un terror deplorable me abatía. Era una carta dirigida a mí y sellada con la firma por la señora Brasbord. La carta declaraba las siguientes intenciones:

“Estimada señorita Turner, si está leyendo este texto, significa ha sobrevivido a la jaula y al matón del señor Weill tal y como predije. Imagino que debe sentirse exhausta y dolorida. Por ello, pretendo conseguir que obtenga una partícula de la libertad y felicidad que merece.

Ambas hemos sufrido demasiado. Usted, con la temprana pérdida de sus padres y tan falta de amor. Yo, primero con la prematura ausencia de mi madre y los abusos de ese vil monstruo llamado <<padre>>. Después, con la falta de respeto de los hombres y las infidelidades de mi marido.

Es por esto que, al investigarla y conocer que usted rebosaba valores, humildad y sacrificio, imaginé cómo habría cambiado mi vida si, por ejemplo, la hubiese adoptado cuando perdió a su familia en aquel accidente. ¿Imagina? Habría sido maravilloso compartir con usted todo el amor del que carecimos.

Pero aún no es tarde. Permita que le ceda todo lo que poseo de valor. Le imploro que la vanidad y el remordimiento no le impidan firmar la hoja que he añadido al final de esta carta. Sé que usted sabrá repartir la riqueza, las alegrías, la dulzura y el amor que yo no pude en vida.

Po último, lamento no haber contado con las herramientas necesarias para solventar esta situación de forma que nadie más sufriera. Le pido disculpas encarecidamente”.

Comprobé que el papel anexo manifestaba que todos los bienes y riquezas de la señora Brasbord pasarían a mi nombre sin coste ni impedimento alguno.

La lluvia cesó. Por fin mis manos adquirieron algo de tranquilidad. Anduve hacia el húmedo jardín cada vez más soleado por los rayos de la mañana. El plácido cantar de los pájaros más madrugadores, el aroma a rocío y el vigor de la brisa acompasaron cada uno de mis pasos. Fue entonces cuando decidí que, desde aquel preciso momento, las ganas de inventar y una pluma al cielo, marcarían la frontera de mi razón y mi destino.

FIN